

Son Gotleu, la cicatriz de Palma

Francisco Javier Pérez. Palma. Las cicatrices quedan como marcas de nuestra historia. Una cicatriz es el recordatorio de una herida. También el modo en el que ésta se incorpora a nosotros para siempre. Al igual que las personas, las ciudades también presentan cicatrices. Palma tiene una de ellas en Son Gotleu. El devenir del barrio es la contrapartida problemática del desarrollo socioeconómico de la ciudad. La historia de Palma y sus heridas se abren con especial crudeza en esta zona. Pobreza, desempleo y marginación son algunas de las muchas cicatrices que la desfiguran. Están a la vista, las conocemos, pero ¿sabemos qué está pasando exactamente en Son Gotleu?

Numerosos palmesanos conocen muy lejanamente la situación del barrio. Algunos de ellos, lo único que saben es que se trata de una zona por la que más vale no pasar de noche, e incluso de día. El sociólogo Carlos Vecina ha estudiado la representación tienen los habitantes de Palma de Son Gotleu. Ésta suele ir vinculada siempre con aspectos como pobreza, inmigración y droga. ¿Se corresponde la representación a la realidad del barrio? Sucesos como los del verano de 2009, la pelea multitudinaria que acaparó titulares en todos los medios nacionales, ¿hacen que tomemos conciencia sobre lo que ocurre en nuestra ciudad? O dicho de otro modo, ¿por qué Son Gotleu?

Son Gotleu, de barrio desarrollista a gueto

Para conocer la respuesta es necesario remontarse a los inicios. Un paseo por el barrio nos descubre enseguida las raíces de la zona. Aún hoy se percibe el origen desarrollista de Son Gotleu. La pobre arquitectura, tan emblemática del período, se ha convertido en uno de los rasgos distintivos del barrio. Esos bloques, hoy desconchados y degradados, fueron habitados por la también empobrecida población peninsular que llegó a la isla en los años 70.

La zona siempre estuvo aquejada de las carencias ambientales y de infraestructura. Eso lo convirtió en uno de los barrios obreros de Palma socialmente más vulnerables y en un terreno perfectamente abonado para lo que tenía que llegar. La droga, principal causa de la degradación, consagró a Son Gotleu como una de las terminales de Son Banya. Se añadía así un elemento más que empeoraba la ya delicada situación social de la zona.

En apenas unos años pasó de barrio desarrollista a gueto. A finales de los 90, comenzaron a llegar la segunda oleada de inmigrantes, esta vez extranjeros. Aunque previamente a estos años ya había inmigrantes magrebíes, Son Gotleu conoció por primera vez la inmigración masiva de mano de africanos -el 19,1 de la población actual- y, en menor medida, hispano-americanos. Hoy en día, con un 42,5% de población inmigrante, es el barrio con más inmigración de la ciudad.

Poco después se produce la sacudida social que cambiará el rostro del barrio definitivamente. Denominada como “sustitución demográfica”, estuvo causada, en parte, por los años de bonanza económica. Familias enteras, los antiguos peninsulares y sus hijos, se fueron del barrio en cuanto pudieron. Ello provocó un “efecto llamada” para los inmigrantes, que se instalaban en los pisos que los españoles abandonaban, muy asequibles dada la devaluación inmobiliaria de la zona.

Esta cadena de hechos constituye las vivencias de Pilar, una inmigrante gallega de 53 años que se marchó del barrio en 1999. “Me fui en cuanto pude, el barrio se había vuelto inhabitable. La gente ya se había comenzado a marchar antes que yo y después de mí se fueron más”. Este proceso aún sigue en marcha. Rara es la fachada de Son Gotleu que no presenta ningún cartel de “Se vende”. Carlos Vecina apunta que casi un 62% de los habitantes encuestados quiere irse. Cifras que evidencian un fenómeno que para Ginés Quiñonero, presidente de una de las asociaciones de vecinos, constituye un “auténtico éxodo”.

No es la situación de José Manuel, andaluz de 54 años, establecido en Son Gotleu en los 80. Todavía vive allí y ha presenciado en primera persona la historia del barrio hasta nuestros días. “La degradación ha sido muy fuerte, esto siempre fue un barrio obrero pero se podía vivir. El Son Gotleu de ahora no tiene nada que ver con el que yo me encontré”.

La convivencia en una sociedad- mosaico

Y es que la actual situación social de Son Gotleu es tan compleja que constituye casi un microcosmos. La marcha de muchos de sus habitantes españoles ha dejado un vacío en la iniciativa económica del barrio. Desaparecieron con ellos los pequeños negocios –mercerías, bares, ultramarinos- que dinamizaban la zona.

Este es un punto clave en el análisis realizado por el Concejal de Bienestar Social, Eberhard Grosske. Según él “en Son Gotleu hay una pirámide social que no es tal, dado que más bien adopta una forma de reloj de arena. Las capas intermedias, las económicamente más dinámicas, personas en torno a los 40 años, están muy disminuidas, mientras que las capas extremas, jóvenes y ancianos, son extensas”. El barrio queda así en cierta situación de vulnerabilidad, sin sectores que puedan reavivar la actividad económica. “En Son Gotleu se han quedado los que no pueden irse”, sentencia Ginés Quiñonero.

Y los que se quedan viven precariamente. Son mayoritariamente jóvenes, muchos de ellos en paro, y ancianos cuya pensión no les ha permitido mudarse. En este contexto, preocupa mucho la situación de algunos de los mayores residentes. Xisca Pons es vocal de la Asociación de Vecinos de Son Gotleu, entidad que impulsa parte de las actuaciones sociales en el barrio. Según ella, hay ancianos que ni tan sólo “pueden bajar a la calle, están solos y deprimidos”.

Este estado de indefensión permite que el tráfico de droga se perpetúe. Así lo cree Grosske: “el empobrecimiento general paraliza la presión social sobre los traficantes de droga, que tienen así vía libre para prosperar en sus actividades.”

La situación de los inmigrantes no es muy diferente. Hay un alto nivel de desempleo y precariedad entre ellos. Gabson Omotuyi es miembro de la Asociación Yoruba, donde asesora a muchos de los africanos de Son Gotleu. Los casos que llegan a su asociación muestran que esta situación de paro es muy alta y golpea especialmente a las mujeres.

Vista la delicada situación social, ¿cómo es la convivencia? Las carencias estructurales, unidas a las dificultades económicas, encienden los ánimos y ahondan las divisiones existentes. En esta situación, lo más cotidiano se convierte en un problema. Ginés Quiñonero pone como ejemplo el agua. El hacinamiento en pisos-patera, unido a que muchas fincas tienen pago comunitario del agua, crea una situación muy inestable entre los vecinos.

Y por si fuera poco, la crisis. Cualquier incidencia en una comunidad de vecinos se convierte, por culpa de la precariedad, en una fuente de molestias y conflictos. José Manuel cuenta a este respecto como “hasta para arreglar un ascensor pasa más de un mes hasta que es posible reunir el dinero”. El malestar, así como el surgimiento de prejuicios nace frecuentemente en los roces del día a día. “Los problemas no se producían todos los días, se producían cada minuto” afirma Omotuyi.

Esta crispación, que nace en los patios de vecinos, se extiende a todos los ámbitos de la sociedad. Damiana es una profesora de primaria que ha vivido la situación del Colegio Público Joan Capó, situado en el corazón de Son Gotleu. Los niños, relata, mayoritariamente de la África negra y magrebíes, reflejan las tensiones sociales del barrio. Según la opinión de algunos de los educadores del centro, son actitudes adquiridas del mundo de los adultos. Para atajar estos problemas, han recurrido a los “carnés de convivencia”. De manera parecida a los carnés por puntos, penalizan a los niños con la pérdida de puntos según las faltas cometidas. Los castigos por acumulación van desde un día sin recreo hasta la expulsión temporal. Si el alumno termina el curso con todos los puntos, obtiene un premio.

La parroquia es otro centro de interacciones sociales en el barrio. Su párroco, Carlos Gómez, ha tratado con los diferentes grupos y conoce de cerca la problemática social. Su opinión sobre la convivencia es “si bien no existe la ley de la selva, vivimos a la defensiva”. El empobrecimiento y la insuficiente ayuda institucional son, según él, las principales causas de esta situación.

Por esta razón, a muchos vecinos no les sorprendió que se produjera la trifulca de agosto de 2009 entre africanos y gitanos. Sí les sorprendió, como a medios locales y nacionales, su magnitud. La cantidad de implicados y los tres heridos sacó a Son Gotleu del olvido. La extraordinaria resonancia mediática del hecho movilizó a instituciones y actores sociales para evitar que se convirtiera en un punto de no retorno. A partir de entonces se han potenciado las acciones de integración social con el objetivo de que acontecimientos como ese no vuelvan a producirse.

Desde entonces, la asociación de Xisca Pons trabaja especialmente en fomentar la conciliación entre los diferentes grupos del barrio. Una de las propuestas más interesantes es la incentivar la solidaridad entre los vecinos. Acaban de poner en marcha una iniciativa en la que los inmigrantes en desempleo ayudan a los ancianos a bajar la

basura o a hacer la compra. Labores sencillas en apariencia pero que a los mayores les resultan, por sus problemas de salud, especialmente gravosas.

La Administración, entre el olvido y la incertidumbre

En este contexto, ¿cuál es el papel de la Administración? Muchos de los vecinos y educadores perciben un olvido histórico de las instituciones. Según Ginés Quiñonero, este olvido tradicional está en la base de la degradación actual. No haber intervenido a tiempo es parte del problema. Grosske comparte este punto de vista, “durante muchos años ha preocupado más hacerle la manicura y la cirugía estética a Palma que curar sus heridas internas”. Este hecho ha sido determinante porque “es más fácil actuar sobre un barrio cuando comienza a degradarse que cuando esta degradación ya está consolidada”.

Los vecinos, pese a que reconocen recientes operaciones contra el tráfico de droga, culpan al Ayuntamiento de la degradación ambiental del barrio. Hay bloques de pisos descuidados exteriormente, con desconchones de pintura que afectan toda la fachada. Por otra parte, algunas escaleras de vecinos presentan un estado muy deteriorado. No es raro encontrarse en una misma finca puertas rotas e incluso con verjas exteriores para protegerse de posibles ladrones. A eso se le une la dejadez en las calles, en donde la suciedad es bien visible.

Omotuyi opina que el Ayuntamiento realiza una buena labor pero que es necesario hacer más. Según él, urge la cuestión del hacinamiento del barrio. Lo demuestra con un informe donde aparecen dos pirámides poblacionales, una de 1997 y otra de 2010. “¿Cómo no se ha hecho nada?”, se pregunta, mientras las golpea con el índice. En poco más de diez años, la población de Son Gotleu ha crecido notablemente pero no las viviendas para albergarla. Especialmente alarmante le parece también el escaso dinamismo económico del barrio. El Ayuntamiento, en su opinión, no incentiva suficientemente la iniciativa económica. “Se gastan miles de euros en cursos de informática para nosotros, pero al terminarlos volvemos al paro. Ese dinero debería invertirse en ayudas para crear negocios”.

No obstante, se presenta un problema a la hora de abordar la realidad social de Son Gotleu. El correcto diagnóstico de la situación es parte de la solución. ¿Se trata de un problema de estructura económica o de integración cultural? Grosske prioriza la cuestión material: “cuando hay de comer, todo el mundo se lleva bien”. Xisca Pons también comparte esta primacía de lo económico. “Un vecino de Son Gotleu muchas veces no quiere un curso ni una actividad lúdica, sino que lo llamen para trabajar”.

A pesar de esta unanimidad, las actuaciones que se han llevado a cabo son en su mayoría de carácter socio-cultural. Mercadillos, “firetes”, chocolatadas y torradas. El párroco Carlos Gómez califica estas medidas de “pan y circo”. Mantiene la opinión de que no llegan al fondo del problema y son cortoplacistas.

Grosske reconoce la divergencia entre el diagnóstico y las actuaciones. Aunque el Ayuntamiento sí ha emprendido acciones para mejorar el estado de las comunidades, admite que el problema económico es tan estructural que es muy difícil paliarlo a corto plazo. La solución: el tiempo. Grosske confía en que la situación económica se enderece. Si ello se produce, las disfunciones del barrio se atenuarán. El paro disminuirá y la capacidad adquisitiva de sus habitantes mejorará. Con este despegue incluso la

presión social sobre la droga aumentaría. Los vecinos, en cambio, se muestran muy escépticos con este “dejar hacer”.

Razones para no resignarse

Sin embargo, pese a todo, las actitudes fatalistas no se ajustan a la realidad. Según Carlos Gómez, la salida más realista para Son Gotleu, dada la diversidad de grupos, es la unidad. Ésta debería funcionar como “motor que haga tomar conciencia a cada grupo de lo que debería hacer”. Por otra parte, los antagonismos se han reducido notablemente, según Grosske, después de los acontecimientos de 2009. “Aquella trifulca alarmó al barrio y obligó a una toma de conciencia”. Opinión que comparte Otomuyi, que ve hoy al barrio mucho más tranquilo.

En cuanto a la integración social, Xisca Pons observa mucha predisposición por parte de los inmigrantes. Esta integración se realiza mediante cursos de catalán y castellano, que normalmente aceptan de buen grado. Muchos de ellos, afirma, son gente preparada, algunos con carreras universitarias en su país de origen, y siempre están dispuestos a aprender.

Todos en Son Gotleu saben que la situación no es fácil y que salir adelante va a requerir de esfuerzo. A veces, ante esta realidad, cunde la resignación y el abatimiento. Este sentimiento lo recoge Xisca Pons: “en ocasiones ves que la solución está por encima de ti, que todo depende de cosas fuera de tu alcance”. Sin embargo, “pese a todo, cuando ves que las pequeñas cosas que haces funcionan, te dices que ha valido la pena y continúas”. Pero si por algo se caracteriza Son Gotleu es por ser un barrio acostumbrado a prosperar en las dificultades. Pese a su rostro deformado por las cicatrices, Son Gotleu todavía está a tiempo de poder sonreír.